SANTAS NUNILO Y ALODIA, VÍRGENES Y MÁRTIRES

Día 22 de octubre

Por P. Juan Croisset, S.J.

El piadoso deseo de ennoblecerse con el nacimiento y con el glorioso triunfo de Santa Nunilo ó Nunilona y de Santa Alodia ha hecho que las ciudades de Huesca, así del reino de Aragón como del de Granada, pretendan ser patria de estas dos ilustres vírgenes y mártires de Jesucristo, y así se lee en el Martirologio; pero Ambrosio de Morales, célebre cronista del rey Felipe II, es de sentir que padecieron cerca de Nájera, y que fueron naturales de un pueblo de la provincia de la Rioja, llamado antiguamente Bosca, por el que escribieron algunos Osea ó Huesca, dando motivo á semejantes pretensiones. Bajo este supuesto, y el de apoyarlo así la tradición constante de aquellos naturales con la autoridad de no pocos escritos de particular nota, nos inclinamos á creer que Santa Nunilo y Santa Alodia nacieron en el lugar de Bañares, llamado antiguamente Bosca, poco distante de la antigua ciudad de Castrovigeto, hoy Castroviejo, pequeña villa á la entrada de la Sierra de Cameros.

Eran hijas ambas de padre mahometano y de madre cristiana, cuyos matrimonios eran muy comunes en España, en aquellas lamentables edades en que se hallaba la nación bajo el dominio de los africanos. Criólas su madre en la religión de Jesucristo, y, habiendo impreso en sus tiernos corazones las piadosas máximas del Evangelio, arreglaron sus costumbres con el espíritu de la santa ley de Dios; de suerte que, aunque se criaron en un pueblo ocupado por los bárbaros, cultivaron tanto

la piedad, que eran la admiración de todas las gentes, poniéndolas todas por modelo y por ejemplar.

Ocurrió la muerte de los padres de Nunilo y de Alodia cuando contaban doce y trece años; y, habiendo quedado huérfanas, entraron bajo la tutela de un tío y pariente, fiero partidario de la secta mahometana. Publicó por entonces Mahomad, rey de Córdoba, enemigo capital de los cristianos, un edicto general por el que ordenaba que todo aquel que fuese hijo de padre ó madre agareno [sarraceno] estuviese obligado, so pena de muerte, á dejar la religión de Jesucristo y abrazar la secta de Mahoma [falso profeta]. Había intentado el tío de las dos ilustres vírgenes pervertirlas, y, reiterando sus instancias con motivo del nuevo edicto, hizo cuanto pudo para obligarlas á que siguiesen la ley que profesó su padre; pero, hallándolas siempre firmes y constantes en la fe, las delató á Zumayl, califa ó gobernador de la región Werbetana, que tenía su residencia en la ciudad de Castroviejo, una legua distante de Bañares.

Mandó Zumayl á Nunilo y á Alodia que compareciesen ante el tribunal, y teniendo ambas aquella notificación por señal cierta del combate á que eran llamadas, para dar prueba de su fe y de su fortaleza cristiana partieron de Bosca á Castroviejo, á pie descalzo, alentándose una á otra á padecer con aquellas razones que les inspiraba el Espíritu Santo. Preguntólas el gobernador si era cierta la delación de su tío en orden á ser hijas de padre mahometano, y tomando la voz Nunilo, que era la mayor en edad, le respondió: *Nosotras no conocimos á nuestro padre, porque quedamos muy niñas cuando murió; sólo sabemos que nuestra madre fue cristiana, y por lo mismo nos educó en esta religión, que es la que profesamos, y por cuya defensa estamos prontas á perder la vida si fuese necesario.* Hizo Zumayl varias tentativas para separar á las dos ilustres vírgenes

de Jesucristo; pero, viendo que de nada aprovechaban todos sus esfuerzos, las dejó por entonces volver libremente á su patria, diciéndolas que las perdonaba por conocer que eran niñas mal aconsejadas, y previniéndolas que, si en adelante no trataban de seguir la ley de su padre, mandaría que las decapitasen.

Salieron Nunilo y Alodia de Castroviejo para Bañares, llenas de alegría por haber confesado la fe ante el tribunal de un juez infiel; y encendidas en vivísimos deseos de lograr la corona y testificar con su sangre las infalibles verdades de nuestra santa religión, redujeron toda su ocupación desde entonces á disponerse para el martirio por medio de fervorosas oraciones, de rigurosos ayunos y de asombrosas penitencias, no dudando que no tardaría mucho tiempo en presentarse ocasión de ofrecer á Dios el sacrificio de sus vidas. Observaba el tío de las Santas su conducta, y viendo que, en lugar de enmendarse, hacían ostentación de la religión que profesaban, volvió á delatarlas al gobernador de Castroviejo, á pretexto de haber faltado á su prevención, diciéndole que cada día estaban más obstinadas, sin cesar en público y en secreto de ocuparse en los ejercicios que prescribía la religión de los cristianos, maldiciendo á un mismo tiempo la ley de Mahoma, por lo que era preciso castigarlas severamente, porque no pervirtiesen con su ejemplo á los árabes mahometanos [sarracenos]. Oyó Zumayl con grande enojo la segunda queja contra las dos insignes vírgenes, y, habiendo mandado que se presentasen á su tribunal, insistió con mucho empeño en que negasen á Jesucristo, valiéndose para ello de las reconvenciones más eficaces, de las promesas más ventajosas y de las amenazas más terribles; pero, creciendo el valor y la fortaleza de Nunilo y de Alodia al compás de los esfuerzos del tirano, dio orden para que las pusiesen con separación en casa de ciertos moros de su confianza, á fin de que las

persuadiesen la obligación que tenían de seguir la ley que profesó su padre, en virtud del decreto de Abderraman que acababa de publicarse, so pena de padecer una muerte afrentosa.

Sufrieron las dos insignes vírgenes por espacio de cuarenta días los más fuertes y violentos combates de los africanos; pero, siempre más firmes y más constantes en la fe, salieron victoriosas de las infernales sugestiones con que fueron tentadas. Hallábase en fervorosa oración Alodia dos noches antes de su glorioso triunfo, y, viéndola rodeada de celestiales resplandores una hija del huésped que la tenía en su casa, maravillada de aquel prodigio, la convidó con la libertad si quería salvarse de la muerte. Agradeció Alodia la oferta, pero no la admitió, porque en ella se le privaba de la gloria del martirio: sólo le rogó que le proporcionase ver á su hermana, y, concediéndola este consuelo, se abrazaron ambas tiernamente y se animaron con nuevo fervor á padecer por Jesucristo. Supo el juez árabe mahometano [sarraceno] el ningún efecto que produjeron las tentativas de los seductores; hizo que compareciesen á su presencia, y, redoblando sus promesas y sus amenazas, las dijo por último que mandaría quitarlas la vida si no abrazaban su secta [del falso profeta Mahoma que niega a la Santísima Trinidad, y a la Divinidad de N. S. Jesucristo]; pero á todo respondieron las dos esforzadas doncellas que hiciere lo que gustase, pues ellas estaban prontas á morir antes que negar á Jesucristo. Hallábase en Castroviejo un malvado sacerdote que, imponiendo el más infame borrón á su carácter, había apostatado de la religión cristiana por vivir impune en sus relajadas costumbres: pareció á Zumayl que aquel ministro de Satanás era muy proporcionado para pervertir á las dos ilustres vírgenes, y, entregándoselas para este efecto, le encargó que lo hiciese con toda eficacia. Comenzó la empresa el infeliz

presbítero, y entre otras persuasiones reconvino á las Santas con la siguiente: *¿Por qué queréis, nobles vírgenes, morir en lo más florido de vuestros años? Seguid la ley que profesó vuestro padre para que viváis. Yo era sacerdote cristiano, y manifiesto profesar la ley de Mahoma, para acomodarme con los africanos. Haced vosotras lo que los molites, esto es, los que en el exterior aparentan ser árabes mahometanos, aunque en el interior sintáis lo contrario.* Oyeron Nunilo y Alodia el impío consejo del pérfido sacerdote, y, revestidas de un santo celo, le contestaron: *Si tú, por tu sacrílega vida y por tus lascivos desórdenes, has renegado de la Fe Católica, nosotras deseamos padecer por amor de Jesucristo para reinar con El en el Cielo.*

Dio parte él impío sacerdote á Zumayl de la invencible constancia de las dos hermanas, y, no pudiendo el bárbaro contener la indignación dentro del pecho, mandó al verdugo qué las degollase inmediatamente. Nunilo fue la primera que se ofreció al sacrificio, y, componiéndose el cabello para recibir el golpe, puesta de rodillas, dijo con valeroso ánimo al verdugo: *¡Ea, infiel, hiere con presteza!* Atónito y turbado el verdugo, erró el golpe en la garganta, y la llevó un pedazo de la mejilla, sin cortarla del todo la cabeza; y, cayendo el cuerpo en tierra, se descubrieron un poco los pies con los movimientos naturales que ocasiona la muerte. Corrió Alodia sin la menor turbación á componer la ropa de su difunta hermana, y clavando los ojos al Cielo, como que veía con luz superior subir al Cielo la dichosa alma, dijo llena de alegría: *Espera un poco, hermana.* Dispúsose luego para seguir á Nunilo; y, por que no le sucediese lo que á aquélla, se ató á los pies las faldas, para que no padeciese su honestidad después de muerta. Hecho esto, descubrió su hermoso rostro, se puso de rodillas sobre el cuerpo de su hermana como en altar bien consagrado, y en aquella postura de inmolación

recibió el golpe del alfanje, pasando ambas á gozar la visión beatífica en el día 22 de Octubre del año 840, según el cómputo que señala Morales.

No tardó Dios en acreditar la gloria de sus amadas siervas con la particular maravilla de dejarse ver por la noche luces resplandecientes sobre el lugar en que las enterraron; por lo que, temeroso el gobernador de que las extrajesen los fieles, mandó enterrarlas en un hoyo profundo, el que allanaron con tierra y piedras crecidas, todo con el fin de borrar la memoria de sus santas reliquias, para que en lo sucesivo no pudieran ser halladas por los cristianos; cuyo pozo se conserva hasta hoy, y contigua de él una fuente cristalina llamada de Santa Nunilo y Alodia, cerca de la cual hay una ermita bajo la advocación de las Santas, donde se dividen los términos de las dos villas, que concurren juntas á celebrar su festividad en el día de su dichoso tránsito.

No pudo impedir la diligencia de los infieles la repetición de las luces resplandecientes sobre el pozo ú hoyo donde las ocultaron; y, continuando aquel extraordinario prodigio, cuando conquistó la provincia de la Rioja del poder de los moros el rey de Navarra Don Iñigo Jiménez, hizo la traslación de los cuerpos de las Santas al monasterio de San Salvador de Leyre en el día 18 de Junio del año 842, donde son tenidos en grande veneración y se digna Dios obrar muchos milagros por la poderosa intercesión de sus fidelísimas siervas. También escribe Ambrosio de Morales que, cuando se ganó á los árabes el reino de Granada, se dio la ciudad de Huesca al conde de Lerín, hoy de los duques de Alba, de quien descienden los condestables de Navarra; quien llevó á ella varias reliquias de las Santas que se le dieron del monasterio de Leyre; y habiendo edificado una iglesia bajo su advocación, en donde las colocó, de aquí ha dimanado la pretensión de aquélla, insinuada en el

principio.

REFLEXIONES

Si todas las mujeres cristianas considerasen con frecuencia las sentencias del Espíritu Santo que se contienen en la presente epístola, y arreglasen á ella su conducta, todos los fieles vivirían en esta vida con una tranquilidad y ventura muy semejante á la que disfrutan los bienaventurados. Todos aquellos que han meditado sobre la conexión que tienen entre sí todos los seres de que se compone esto que se llama naturaleza, cuando descienden á las operaciones de la criatura racional convienen, por la mayor parte, en que las mujeres son el móvil de casi todos los sucesos de la vida social. Ellas logran un grande ascendiente sobre el corazón de los hombres; en sus manos colocó el Altísimo los más eficaces atractivos para que se verificase aquella santa unión del matrimonio, sin la cual ni habría familias, ni poblaciones, ni mundo. Además de esto, como tienen á su cuidado la formación de todos los corazones en sus principios, y son casi las solas maestras de la educación, inspiran su amor y su adhesión en las máximas de su enseñanza, y no pueden menos de seguir, ó por ceguedad ó por respetó, las determinaciones de su voluntad aquellos que las son deudores de su existencia. Si empleasen este poder, estas concesiones de Dios, estos privilegios de la naturaleza y estos encargos de la sociedad con aquella integridad y pureza que corresponde, todos los individuos de la naturaleza humana saldrían bien educados; serían la paz y la ventura de las familias, y todos los trabajos que se siguieron al pecado del primer hombre hallarían consolación y remedio en la prudencia y santidad de sus oficios. ¿Cuál será la causa de que no se verifique esto, y de que, diciendo el Espíritu Santo que una mujer buena es la corona del varón y el premio con que recompensará

el Cielo sus virtudes, sean tan pocas las madres de familia en quienes se verifiquen estas promesas? Lo que se decía al principio: la falta de reflexión y meditación sobre los caracteres con que en la Epístola de este día señala á la mujer fuerte y virtuosa el Espíritu Santo.

El Evangelio es del cap. 20 de San Mateo.

En aquel tiempo se acercó á Jesús la madre de los hijos del Zebedeo con sus hijos, adorándole y pidiéndole alguna cosa. El cual la dijo: ¿Qué es lo que quieres? Respondió ella: Manda que estos dos hijos míos se sienten uno á tu diestra y otro á tu siniestra en tu Reino. Respondiendo, pues, Jesús, dijo: No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el cáliz que he de beber Yo? Le respondieron: Podemos. Díjoles: Beberéis, si, mi cáliz; pero, el sentarse á mi diestra ó siniestra, no me pertenece á Mí el concederlo á vosotros, sino á aquellos á quienes está preparado por mi Padre.

MEDITACIÓN

Sobre los daños de la ambición.

PUNTO PRIMERO.—Considera que la ambición es un vicio tan feo y abominable, que, aun prescindiendo de lo sobrenatural, constituye al hombre en esta vida en un estado tan calamitoso, que por esto sólo debería aborrecerse.

Considerando esto San Bernardo en el libro 3 de sus Meditaciones, exclama: *[Oh, ambición, cruz de los pretendientes! ¿Cómo es que, atormentando á todos, á todos agradas? Ninguna cosa atormenta más acerbamente ni inquieta con mayor molestia.* Tiene razón San Bernardo; porque el ambicioso, ni hay trabajo que rehúse, ni servidumbre á que no se abata, ni cautividad y

prisión á que no se sujete para lograr sus intenciones. Si echamos una ojeada por los palacios y antesalas de los poderosos, hallaremos tan repetidos ejemplares de esta verdad, que causa horror el ver que la condición de cristianos no baste para contener á los hombres de abatirse á tanta humillación. Porque ¿á qué torpes bajezas no se expone un ambicioso para llegar á lograr la gracia de aquel por quien espera ser ensalzado? El predica por virtudes las acciones más injustas, alaba su genio, engrandece su ascendencia, canoniza de piedades sus tiranías, llama justicia á sus usurpaciones, hace de fiscal contra los pupilos y viudas, excusando y aun justificando la opresión que padecen de parte de su ídolo, y aun llega su vileza á tributar respetos á las más despreciables personas que habitan en los zaguanes y, caballerizas de su casa. Y esto no lo hacen por un breve tiempo, ó algunas veces contadas: su servidumbre y bajeza debe existir á todas horas, debe durar todo el tiempo que dure la ambición; porque, en la hora que falte cualquiera de estas condiciones torpes, su personaje se ofende y cesan todas las esperanzas ambiciosas: como éstas no pueden nacer sino de un corazón lleno de soberbia, se deja conocer lo duras, lo pesadas, lo terribles que deben ser semejantes acciones para los miserables ambiciosos pretendientes. Registra la conducta de los ambiciosos, de que tantas imágenes ofrece el mundo, y encontrarás que esto es puntualmente lo que pasa; hallarás que, aun por lo respectivo á lo temporal, la ambición es, como dijo San Bernardo, una cruz, un tormento, un verdadero suplicio de los ambiciosos, y que por tanto constituye el estado más miserable y calamitoso que puede encontrarse en el mundo.

PUNTO SEGUNDO.—Considera que además de los males insinuados que tiene que sufrir el ambicioso en orden á lo temporal y terreno, sujetándose á vilezas que le degradan, es preciso que, cuando llegue un momento

de luz, conozca todos sus yerros, la deformidad é injusticia de su conducta, y que, colocado en la cima de una sublime dignidad, se tenga por el hombre más infeliz, temiendo de un momento á otro su total ruina, y que ejecute Dios en él sus venganzas.

Esta consideración parece algo hiperbólica; pero, ala verdad, son tan repetidos los ejemplares que nos ofrecen las historias sagradas y profanas, que sería una imprudencia el juzgar en lo sucesivo de diversa manera que hemos visto suceder con lo pasado. Apenas se encuentra ninguno que haya tenido ambición por lugares altos, que no haya sido víctima funesta de su misma ambición. Los ángeles pretenden subir sobre los astros del Cielo, y exaltar allí su solio, y son precipitados á los abismos y convertidos en demonios. Adán y Eva pretenden la ciencia de Dios, y caen en el error, en la ignorancia, en la debilidad, en la enfermedad, en la muerte, y, lo que es más, en perder el derecho al Reino de los Cielos. Coré, Datán y Avirón se levantaron llenos de soberbia y ambición contra Aarón y contra Moisés, y permite Dios, para castigo suyo y escarmiento ajeno, los trague la tierra vivos. A este tenor han recibido todos los ambiciosos el castigo de sus deseos altivos, verificándose, que aun después de la consecución de las vanas honras por que tanto se anhela siempre, queda pesar, tormento, congoja, ruina y el castigo de Dios, que es severo é inexorable con los ambiciosos. Alejandro, el hijo de Filipo, es la imagen más convincente de lo que acabamos de decir: poseía éste el reino de Macedonía, con algunas más conquistas que le había dejado su padre; pudiera ser feliz si no fuera ambicioso; pero, abriendo su pecho á este vicio feroz, mueve guerra, deseoso de dominar, y conquista toda la Grecia. No podían prometerse tanto unas prudentes esperanzas; pero Alejandro no se contenta con eso; sigue sus conquistas y usurpa á los persas y medos sus imperios

respectivos. Ni con esto se contenta: conquista una gran parte de la India; y cuando le fue dicho que apenas había más tierra que conquistar, se queda con mayor tristeza por no haber saciado su ambición, que cuanta alegría había tenido en sus innumerables victorias y conquistas. De todo se infiere ¡oh cristiano! que la naturaleza, la filosofía y el Evangelio, todo declama y todo se conjura contra los ambiciosos.

JACULATORIAS

El que edifica casa alta, busca su ruina. Con esta sentencia, Dios mío, me dais á entender que no puedo procurar mi ensalzamiento y gloria sin dar conmigo en un precipicio.—*Prov.* 17.

La exaltación y grandeza delante de Vos consiste en la humillación, y así dijisteis, Señor, á vuestros discípulos: El que quiera entre vosotros ser mayor, hágase siervo del otro.—*Matth.,* 20.

PROPÓSITOS

La ambición, dice San Bernardo explicando el salmo 90, es un mal sutil, es una ponzoña secreta, una peste oculta; es artífice de todos los engaños, madre de la hipocresía, padre del rencor, origen de los vicios y fomento de todos los crímenes; es la polilla de las virtudes, el orín de la santidad, la que ciega los corazones, la que trueca los remedios en enfermedades, y la que engendra dolencias de las mismas medicinas. Todo esto es la ambición, según este santo Padre; todos los demás dicen, con corta diferencia, lo mismo. En vista de esto, se necesita poco para conocer cuáles deben ser sus propósitos en este día. El huir los males temporales lo dicta la misma naturaleza ; el huir los del espíritu, lo

dictan la Religión y el Evangelio que profesas en calidad de cristiano; éstos son motivos suficientes para mirar con horror los puestos y dignidades, puesto que de ellas nada te puede venir sino vanidad de vanidades, aflicción de espíritu, trabajo y dolor, servidumbre en tu cuerpo y ruina en el espíritu. En los estados más infelices, en las clases más subalternas de la sociedad padecen los hombres sus ambiciones respectivas; quieren dominar á los demás, pretenden que sus opiniones y sus gustos prevalezcan, todo lo quieren sujetar á su arbitrio, y hasta en la casa más infeliz la mujer pretende sojuzgar al marido, y éste intenta ejecutar un poder despótico sobre aquellos pobres miserables que le rodean. Aquel que, metiéndose dentro de su corazón, conozca la debilidad d sus fuerzas, y reconozca que nada bueno puede hacer si Dios no le favorece con su gracia, huirá los puestos y las dignidades, se anonadará dentro de si mismo, y pedirá á Dios, como hacían los Santos, que le conserve en un estado de sujeción y de obediencia. He aquí lo que debes tú hacer para portarte como cristiano y corresponder á las gracias con que está Dios ilustrando tu entendimiento al presente con las consideraciones de este día. Proponte y pues, desde hoy mirar toda gloria humana como una despreciable vanidad; todo puesto encumbrado como un peligroso precipicio, en donde es poco menos que inevitable el riesgo; toda dignidad como una sombra ó una apariencia en donde los provechos son ficticios, y los daños ciertos y verdaderos; y, últimamente, como una carga de responsabilidad de que se te ha de pedir cuenta, y en que el menor descuido puede costarte la salvación. Si te persuades á esto, y lo tuvieres presente todos los días de tu vida, te aseguro en el nombre de Dios que será muy difícil que llegues á ser ambicioso.